

49 Liberalismo

1. ¿Qué es ?

Probablemente tengan razón quienes afirman que el liberalismo es más bien una amplia tendencia que un cuerpo doctrinario conciso. Para Goethe no existían “ideas liberales”. sino sentimientos liberales. La Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales nos da una noción de Liberalismo: “*es la creencia en un conjunto de métodos y prácticas que tienen como objetivo común lograr una libertad mayor para los individuos*” . Y este tipo de tendencia la encontramos en toda clase de sociedades de todos los tiempos, antiguas, modernas y contemporáneas. Pero el Liberalismo como ideología política y económica es de factura moderna.

2. Liberalismo político

Thomas Hobbes puede ser considerado como el precursor de la ideología liberal, por su teoría de la legitimidad del poder, impregnada de individualismo. El poder político se justifica a partir de un acto de voluntad humana racional, a partir del consentimiento individual. Lo curioso y paradójico de Hobbes es que termina legitimando, así, el poder absolutista del monarca (el *Leviatán*). Pero es John Locke el verdadero iniciador de la teoría liberal. Su obra *Segundo Tratado sobre el gobierno civil* (1689) consagra la doctrina de la propiedad privada como salvaguarda de la libertad individual, la tolerancia religiosa, la distinción de los poderes legislativo y ejecutivo, la posible resistencia al poder público establecido cuando éste abusa contra los individuos, la teoría parlamentaria y de una monarquía constitucional (la de un rey limitado en sus poderes por los nobles y clérigos). Hay unos derechos individuales, anteriores a la constitución de la Sociedad y del Estado, que deben ser necesariamente respetados por el Estdo. El Estado debe estar limitado en sus fines, al servicio de la voluntad de los ciudadanos. Y en el ejercicio del poder debe estar limitado por ellos, por la Ley y por los representantes legítimos del pueblo. Las ideas de Locke influirán directamente en los padres fundadores de la Constitución norteamericana (1787) y en los redactores de las distintas declaraciones de derechos humanos que vienen después. Bien ha resumido Sartori este liberalismo *político* cuando dice: “el liberalismo en su connotación histórica fundamental, es la teoría y la praxis de la protección jurídica de la libertad individual, por medio del Estado constitucional” [G. Sartori (1992): **Elementos de Teoría Política**, Madrid, Alianza, p. 125]

Este liberalismo político se identificó pronto con la idea de *democracia* (el gobierno del pueblo y por el pueblo). Con alguna exageración, Kelsen llega a afirmar que “la democracia coincide con el liberalismo político”. [H. Kelsen (1979): **Compendio de teoría general del estado**, Barcelona, Blume] Y es que el liberalismo representa una solución al problema de la democracia, tal como Rousseau lo formuló tan descarnadamente: *los hombres nacen libres, pero están encadenados por doquier*. Los varios tipos de democracia coinciden con el Estado liberal de derecho y sus cinco elementos: supremacía de la Constitución, separación de los poderes públicos, legitimidad del gobierno central, garantía de las libertades ciudadanas y derechos humanos, respeto a los resultados de los comicios periódicos como expresión de la voluntad ciudadana. Pero

sigue siendo válida la advertencia de Ortega y Gasset [(1925)Ensayo **Ideas de los castillos: liberalismo y democracia**, citado por M. Pastor (1989): **Ciencia Política**, Madrid, McGraw–Hill, p. 89] de que “democracia y liberalismo son dos respuestas a dos cuestiones de derecho público completamente distintas. La democracia responde a esta pregunta: ¿Quién debe ejercer el Poder Público? Y la respuesta es: la colectividad de los ciudadanos...El liberalismo, en cambio, responde a otra pregunta, ejerza quienquiera el Poder público: ¿Cuáles deben ser los límites del Poder? Y la respuesta suena así: el Poder público, ejérsalo un autócrata o el pueblo, no puede ser absoluto, sino que las personas tienen derechos previos a toda injerencia del Estado. Es, pues, la tendencia a limitar la intervención del Poder público”.

2. Liberalismo económico

Pero el liberalismo político se alió pronto, y se reforzó, con el mercantilismo naciente y el ulterior capitalismo. La teoría liberal se constituyó en la filosofía de la burguesía (en lo social), en la filosofía por excelencia del capitalismo (en lo económico) y en la “mentalidad” dominante de la civilización occidental (en lo socio–económico y cultural). La tesis de la individualidad y la libertad no podía menos que favorecer la actividad lucrativa de quienes ya tenían y querían tener más, sin trabas, o con el mínimo de restricciones por parte del Estado. Fue Adam Smith quien con su famosa obra *Investigación sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones* (1776) , en el supuesto de que la economía está regida por unas leyes naturales inmutables, consagra la máxima libertad a los individuos que buscan enriquecerse y sustenta que el Estado no intervenga en el plano económico o intervenga tan sólo al mínimo cuando así lo requiera el bien común de la sociedad. El Estado no debe meterse a regular el Mercado; el Estado debe limitarse al simple mantenimiento del orden y la defensa: *laissez faire, laissez passer*, dejar que las fuerzas económicas hagan y fluyan a su antojo.

Por este camino, a la par con las democracias occidentales, se amasaron los grandes capitales, se conformaron los grandes centros capitalistas del mundo, con su secuela de injusticia social, de explotación de los pobres por los ricos en cada nación, de dominio colonialista por parte de las grandes potencias a nivel mundial. La libertad individual produjo riqueza para unos y el capitalismo de las naciones; pero no produjo igualdad social, sino una inmensa brecha entre ricos y pobres. Debía hacer su aparición el socialismo democrático para enderezar la tendencia; y sobre todo debía venir el marxismo–leninismo revolucionario para intentar la igualdad por sobre la libertad, lo colectivo por sobre lo individual.

3. Neoliberalismo y Globalización

Tras la caída del llamado “Estado de Bienestar” (años 80) en la era de Margaret Thatcher en Inglaterra y de Ronald Reagan (en los Estados Unidos de Norteamérica), y muy especialmente tras el colapso del Comunismo estatista en la Unión Soviética y países satélites (1989 y siguientes), el mundo ha vuelto a mirar hacia el viejo liberalismo de Adam Smith, sin llegar a las exageraciones del liberalismo manchesteriano inglés. Más libertades para el mercado nacional e internacional, menos trabas de todo tipo, un menor Estado o menos intervencionista, globalización e internacionalización de la economía.

Un globo terráqueo es la representación cartográfica tridimensional de la esfera terrestre. Ofrece al observador una imagen con distancias iguales, áreas iguales y características angulares iguales, algo imposible de apreciar en un mapa

bidimensional. El resultado es una imagen continua sin saltos ni brechas. Al alemán Martín Benhaim se atribuye el haber hecho el primer globo terráqueo moderno en 1492, coincidente con el viaje de Cristóbal Colón. El uso actual de la palabra <globalización> para designar el fenómeno de una economía mundializada refleja una concepción claramente liberal y capitalista. Expresa el actual proceso de libre movimiento de capitales y de productos, haciendo caso omiso de las fronteras y de las diferencias particulares. El mundo aparece, así, al observador como un continuo, como una imagen sin baches de crecimiento económico y bienestar generalizado, sin las fisuras, clivages, saltos y sobresaltos de la realidad económica y social de gran parte del mundo. La palabra <mundialización> se utiliza equivalentemente para denotar esta situación internacional de libre movimiento de capitales y de productos, con lo que todo ello implica de apertura económica para cada país, leyes generalizadas de comercio, menor papel de los Estados-nación y menor regulación de su economía interna, campo abierto para las multinacionales y mayor injerencia de organismos mundiales tales como el Banco Mundial, el FMI, la Organización Mundial del Comercio, la OCD. Para los voceros y partidarios de este proceso, la mundialización es inevitable y el país que no entre al juego de esta ronda o rueda internacional va a quedar fuera, como un país paria y un seguro perdedor. Los países que se resistan a ser salvados por este nuevo mesianismo globalista, serán condenados al infierno.

Para alcanzar el nirvana del libre mercado y disfrutar de los beneficios anunciados de la <mundialización> se recomiendan dos métodos, que pueden utilizarse por separado o simultáneamente.

1° *El achicamiento del Estado como agente económico.* Significa eliminar cualquier tipo de subsidio a la producción o al consumo, reducir al mínimo políticamente posible los gastos sociales en educación, salud, vivienda e infraestructura y, desde luego, entregar a la iniciativa privada - de preferencia extranjera- cualquier empresa productiva de propiedad pública o mixta. En consecuencia, el ideario de la privatización (considerada como la varita mágica para extender la economía de mercado) se ha transformado en parte esencial del dogma neo-liberal que estamos comentando.

2° *La apertura de la economía nacional a la economía global.* Este método, por el cual se nos abrirían las puertas al cielo, es la apertura total e irrestricta de las fronteras. Adiós aranceles, tarifas, cuotas, impuestos, medidas protectoras y otros mecanismos que puedan oler a nacionalismo o, peor todavía, a estatismo o socialismo. Con ello, se nos dice, nuestros países se harán más competitivos y eficientes, bajarán los costos y aumentarán los beneficios, lograremos exportar y conquistar mercados mundiales, aumentará el empleo, se acelerarán las tasas de crecimiento económico y el bienestar generalizado se extenderá como crema batida en un paste.

4. Elementos de juicio y valoración. Libre mercado e injusticia social

Es un hecho objetivo y no una mera apreciación personal que los sistemas de economía de mercado -que han terminado por imponerse prácticamente en todo el mundo- si bien se muestran eficientes para crear riqueza, son injustos para distribuirla ! Sabemos bien que el mercado tiene sus leyes propias, totalmente desvinculadas de consideraciones de tipo ético, social y político. De hecho, el mercado es un campo de relaciones de poder en el que los poderosos ganan y los débiles pierden. “El mercado es cruel porque excluye a los que carecen de bienes materiales para participar en él, porque

castiga a los que no están en condición de competir y porque generalmente favorece el triunfo de los más poderosos y los más audaces. No cabe discutir que para superar la pobreza es indispensable el crecimiento económico, lo que las economías de mercado logran hacer. Pero el crecimiento, siendo necesario, no es suficiente para eliminar la pobreza, y si no se complementa con políticas eficaces de desarrollo social, aumenta las desigualdades“. [Patricio Aylwin, expresidente de Chile]

El mercado, dejado a su propia dinámica y a sus propias leyes, no es ni puede ser un justo y equitativo distribuidor de riqueza. El mercado no tiende a la justicia sino a la mera ganancia. Encarna un antivalor moral. Las tan cacareadas privatización, globalización, internacionalización, cifras de crecimiento macro-económico, por sí solas siempre serán selectivas y discriminatorias. Favorecerán al que ya tiene y desfavorecerán a los que no tienen. Favorecerán más a los que tienen más y favorecerán menos a los sectores marginales y a las regiones y países periféricos. Es decir, consagrarán la injusticia social. La reciente etapa de <mundialización> o <internacionalización> no es, así, más que una faceta de la vieja dependencia de los países periféricos a los grandes centros de poder económico mundial.

¿Algo más de Estado ?

Sin recaer, ni mucho menos, en una apología de los pasados Estados paquidérmicos o elefantiacos, es decir, de los Estados omnipotentes o factotums, ante la nueva realidad de una hegemonía despótica del Mercado, tenemos que abogar (como ya lo está haciendo la misma CEPAL) por algo más de Estado. El Estado no puede seguir perdiendo soberanía <por arriba>, ante la esfera internacional, ni <por abajo>, ante la sociedad mercantil interior. Nuestro Estado-nación no puede seguir ‘a la defensiva’ en la actual coyuntura neo-liberal. Los ciudadanos necesitamos de un Estado que intervenga y regule, que distribuya justamente, que equilibre las cargas, que impida que los peces gordos se coman a los chicos, que ponga barreras a lo internacional cuando éste intenta desmantelar o apropiarse de lo nacional. Y ésto tanto más en un país que como el nuestro – a pesar del petróleo– se ubica entre los países del hemisferio sur que siguen siendo altamente dependientes de las potencias económicas, militares y políticas del norte.

Conclusión

*“No siéndonos posible lograr entre las repúblicas
y monarquías lo más perfecto y acabado,
evitemos caer en anarquías demagógicas
o en tiranías monocráticas”*

(Simón Bolívar, Carta de Jamaica 1815)

“El sistema de gobierno más perfecto

*es aquel que produce:
mayor suma de felicidad posible,
mayor suma de seguridad social,
y mayor suma de estabilidad política”*

(Simón Bolívar, Discurso al Congreso de Angostura 1818).